

Los cuentos de los hermanos Grimm

La tradición oral de los cuentos de hadas llegó mucho antes que la forma escrita. Los más antiguos de los que se tiene noción datan del Antiguo Egipto, en el año 1.300 a.C.

Durante el romanticismo, se comenzaron a recopilar todas estas tradiciones orales para salvarlas del olvido. En 1077 Herder había sido el primero en recabar en la importancia histórica del cuento alemán. Los poetas románticos Achim von Arnim y Clemens Brentano fueron los primeros que intentaron recoger la poesía popular germánica de la Edad Media, recogiendo los materiales y elaborándolos literariamente, en su famosa colección de canciones populares publicada en 1806.

Jacob Grimm (1785-1863) y Wilhelm Grimm (1786-1859) conocieron a Brentano y Arnim, quienes despertaron en ellos el interés por los cuentos tradicionales. Jacob y Wilhem empezaron recordando las fábulas de su infancia tratando de respetar el tono y las expresiones de aquella tradición oral. Trabajaron así mismo sobre documentos antiguos para rescatar todas aquellas fábulas transmitidas de generación en generación e intentar preservar, no solo la trama y los personajes de los cuentos, sino también el estilo.

Los publicaron con el nombre de "Kinder- und Hausmärchen" (cuentos para la infancia y el hogar), dos volúmenes publicados en 1812 y 1815. Dicha publicación fue aumentada en 1857 y conocida como "Cuentos de hadas de los hermanos Grimm".

Algunos de estos cuentos ya habían sido publicados años antes por el escritor francés Charles Perrault (1628-1703), tales como Caperucita Roja, La Cenicienta, La Bella Durmiente, Pulgarcito o El Gato con Botas, y los hermanos Grimm los incluyeron en su publicación con alguna modificación.

Las primeras ediciones no estaban dirigidas a un público infantil, en un principio los hermanos



Jacob and Wilhelm Grimm shown in a 1843 drawing by their younger brother Ludwig Emil Grimm
Source: http://en.wikipedia.org/wiki/Brothers_Grimm

Grimm rehusaron utilizar ilustraciones en sus libros, no se consideraban escritores infantiles, sino folcloristas patrióticos.

Debido a las exigencias del público, en 1825 publicaron una nueva edición con ilustraciones de su hermano Ludwing, que alcanzó un gran éxito. Una vez que los hermanos Grimm descubrieron a su nuevo público infantil se dedicaron a refinar y suavizar sus cuentos. Los textos se han ido adornando y, a veces, censurando de edición en edición debido a su extrema dureza.

A lo largo de la historia podemos ver cómo estos temas que proceden del mito y de las leyendas se repiten en todas las lenguas, costumbres y formas culturales, y es por ello que los hacen universales.

Cuentos morales llenos de un encanto que perdura y que los ha convertido en las lecturas favoritas de los niños.

Caperucita Roja

Érase una vez una niña tan dulce y cariñosa, que robaba los corazones de cuantos la veían; pero quien más la quería era su abuelita, a la que todo le parecía poco cuando se trataba de obsequiarla. Un día le regaló una caperucita de terciopelo colorado, y como le sentaba tan bien y la pequeña no quería llevar otra cosa, todo el mundo comenzó a llamarla “Caperucita Roja”. Un día su madre le dijo:

- Mira, Caperucita: ahí tienes un pedazo de pastel y una botella de vino; los llevarás a la abuelita, que está enferma y delicada; le sentará bien. Ponte en camino antes de que apriete el calor, y ve muy formalita, sin apartarte del sendero, no fueras a caerte y romper la botella; entonces la abuelita se quedaría sin nada. Y cuando entres en su cuarto no te olvides de decir “Buenos días”, y no te entretengas en curiosear por los rincones.

- Lo haré todo como dices - contestó Caperucita, dándole la mano a su madre.

Pero es el caso que la abuelita vivía lejos, a media hora del pueblo, en medio del bosque, y cuando la niña entró en él se encontró con el lobo. Caperucita no se asustó al verlo, pues no sabía lo malo que era aquel animal.

- ¡Buenos días, Caperucita Roja!
- ¡Buenos días, lobo!
- ¿A dónde vas tan temprano, Caperucita?
- A casa de mi abuelita.
- ¿Y qué llevas en el delantal?
- Pastel y vino. Ayer amasamos, y le llevo a mi abuelita algo para que se reponga, pues está enferma y delicada.
- ¿Dónde vive tu abuelita?
- Bosque adentro, a un buen cuarto de hora, todavía; su casa está junto a tres grandes robles, más arriba del seto de avellanos; de seguro que la conoces- le explicó Caperucita.

Pensó el lobo: “Esta niña está gordita, es tierna y delicada y será un bocado sabroso, mejor que la vieja. Tendré que ingeniármelas para pescarlas a las dos”. Y, después de continuar un rato al



lado de la niña, le dijo:

- Caperucita, fíjate en las lindas flores que hay por aquí. ¿No te paras a mirarlas? ¿Y tampoco oyes cómo cantan los pajarillos? Andas distraída, como si fueses a la escuela, cuando es tan divertido pasearse por el bosque.

Levantó Caperucita Roja los ojos, y, al ver bailotear los rayos de sol entre los árboles y todo el suelo cubierto de bellísimas flores, pensó: “Si le llevo a la abuelita un buen ramillete, le daré una alegría; es muy temprano aún, y tendré tiempo de llegar a la hora”.

Se apartó del camino para adentrarse en el bosque y se puso a coger flores. Y en cuanto cortaba una, ya le parecía que un poco más lejos asomaba otra más bonita aún, y, de esta manera penetraba cada vez más en la espesura, corriendo de un lado a otro.

Mientras tanto, el lobo se dirigió directamente a casa de la abuelita, y, al llegar, llamó a la puerta.

- ¿Quién es?
- Soy Caperucita Roja, que te trae pastel y vino. ¡Abre!

Cuentos originales: Caperucita Roja

- ¡Descorre el cerrojo! – gritó la abuelita-; estoy muy débil y no puedo levantarme.

Descorrió el lobo el cerrojo, se abrió la puerta, y la fiera, sin pronunciar una palabra, se encaminó al lecho de la abuela y la devoró de un bocado. Se puso luego sus vestidos, su cofia, se metió en la cama y corrió las cortinas.

Mientras tanto, Caperucita había estado recogiendo flores, y cuando tuvo un ramillete tan grande que ya no podía añadirle una flor más, se acordó de su abuelita y reemprendió apresurada el camino a su casa. Se extrañó de ver la puerta abierta; cuando entró en la habitación experimentó una sensación rara, y pensó: “¡Dios mío, que angustia siento! Y con lo bien que me encuentro siempre en casa de mi abuelita”. Gritó:

- ¡Buenos días! – pero no obtuvo respuesta. Se acercó a la cama, descorrió las cortinas y vio a la abuela, hundida la cofia de modo que le tapaba casi toda la cara y con un aspecto muy extraño.

- ¡Ay, abuelita! ¡Qué orejas más grandes tienes!

- Son para oírte mejor.

- ¡Ay, abuelita, vaya manos tan grandes que tienes!

- Son para cogerte mejor.

- ¡Pero, abuelita! ¡Qué boca más



terriblemente grande tienes!

- ¡Es para comerte mejor!

Y, diciendo esto, el lobo saltó de la cama y se tragó a la pobre Caperucita Roja. Cuando el mal bicho estuvo harto, se metió nuevamente en la cama y se quedó dormido, roncando ruidosamente. He aquí que pasó por allí el cazador, el cual pensó: “¡Caramba, cómo ronca la anciana! Voy a entrar, no fuera que le ocurriese algo.” Entró en el cuarto y, al acercarse a la cama, vio al lobo que dormía en ella.

- ¡Ajá! ¡Por fin te encuentro, viejo bribón! – exclamó-. ¡Llevo mucho tiempo buscándote!

Y se disponía ya a dispararle un tiro, cuando se le ocurrió que tal vez la fiera habría devorado a la abuelita y que quizás estuviese aún a tiempo de salvarla. Dejó, pues, la escopeta, y, con unas tijeras, se puso a abrir la barriga de la fiera dormida. A los primeros tijeretazos, vio brillar la caperucita roja, y poco después saltó fuera la niña, exclamando:

- ¡Ay, que susto he pasado! ¡Y qué oscuridad en el vientre del lobo!

A continuación salió también la abuelita, viva aún, aunque casi ahogada. Caperucita Roja corrió a buscar gruesas piedras, y con ellas llenaron la barriga del lobo. Éste, al despertarse, trató de escapar; pero las piedras pesaban tanto, que cayó al suelo muerto.

Los tres estaban la mar de contentos. El cazador despellejó al lobo y se marchó con la piel; la abuelita se comió el pastel, se bebió el vino que Caperucita le había traído y se sintió mejor. Y, entretanto, la niña pensaba: “Nunca más, cuando vaya sola, me apartaré del camino desobedeciendo a mi madre”.

Y cuentan también que otro día que Caperucita llevó un asado a su anciana abuelita, un lobo intentó de nuevo desviarla de su camino. Mas la niña se guardó muy bien de hacerlo y siguió derechita, y luego contó a la abuela que se había encontrado con el lobo, el cual le había dado los buenos días, pero mirándola con unos ojos muy aviesos.

- A buen seguro que si no llegamos a estar en pleno camino, me devora.

Cuentos originales: Caperucita Roja

- Ven – dijo la abuelita-, cerraremos la puerta bien, para que no pueda entrar.

No tardó mucho tiempo en presentarse el muy bribón, gritando:

- Ábreme, abuelita; soy Caperucita Roja, que te traigo asado.

Pero las dos se estuvieron calladas, sin abrir. El lobo dio varias vueltas a la casa y, al fin, se subió de un brinco al tejado, dispuesto a aguardar a que la niña saliese al anochecer, para volver a casa; entonces la seguiría disimuladamente y la devoraría en la oscuridad. Pero la abuelita le adivinó las intenciones. He aquí que delante de la casa había una gran artesa de piedra, y la anciana dijo a la pequeña:

- Coge el cubo, Caperucita; ayer cocí salchichas; ve a verter el agua en que las cocí.

Caperucita lo hizo así, y repitió el viaje hasta que la artesa estuvo llena. El olor de las salchichas subió hasta el olfato del lobo, que se puso a husmear y a mirar abajo; al fin, alargó tanto el cuello, que perdió el equilibrio, resbaló del tejado, cayó de lleno en la gran artesa, y se ahogó. Caperucita se volvió tranquilamente a casa sin que nadie le tocara ni un pelo.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.



Illustrations by Walter Crane (1845-1915)
Illustrations sourced from <http://www.surlalunefairytales.com/>

El lobo y los siete cabritillos



Érase una vez una vieja cabra que tenía siete cabritillos, a los que quería tan tiernamente como una madre puede querer a sus hijos. Un día quiso salir al bosque a buscar comida y llamó a sus pequeños.

- Hijos míos – les dijo -, me voy al bosque; mucho ojo con el lobo, pues si entra en la casa os devorará a todos sin dejar ni un pelo. El muy bribón suele disfrazarse, pero lo reconoceréis en seguida por su bronca voz y sus patas negras.

Los cabritos respondieron:

- Tendremos mucho cuidado, madrecita. Podéis marcharos tranquila.

Se despidió la madre con un balido y, confiada, emprendió su camino. No había transcurrido mucho tiempo cuando llamaron a la puerta y una voz dijo:

- Abrid hijitos. Soy vuestra madre, que estoy de vuelta y os traigo algo para cada uno.

Pero los cabritillos comprendieron, por lo rudo de la voz, que era el lobo.

- No te abriremos – exclamaron -. No eres nuestra madre. Ella tiene una voz suave y cariñosa, y la tuya es bronca: eres el lobo.

Se fue entonces a la tienda y se compró un buen trozo de yeso. Se lo comió para suavizarse la voz y volvió a la casita, llamando nuevamente a la puerta:

- Abrid hijitos – dijo -. Vuestra madre os trae algo a cada uno.

Pero el lobo había puesto una negra pata en la ventana, y al verla los cabritos, exclamaron:

- No, no te abriremos; nuestra madre no tiene las patas negras como tú.

¡Eres el lobo!

Corrió entonces el muy bribón a un panadero y le dijo:

- Mira, me he lastimado un pie; úntamelo con un poco de pasta.

Cuando tuvo untada la pata fue a buscar al molinero:

- Échame harina blanca en el pie - le dijo. El molinero, comprendiendo que el lobo tramaba alguna fechoría, se negó al principio; pero la fiera lo amenazó: - Si no lo haces, te devoro -. El hombre asustado, le blanqueó la pata. Sí, así es la gente.

Volvió el rufián por tercera vez a la puerta y, llamando, dijo: - Abrid, pequeños; soy vuestra madrecita querida que estoy de regreso y os traigo buenas cosas del bosque -. Los cabritillos replicaron:

- Enséñanos la pata, queremos asegurarnos de que eres nuestra madre.

La fiera puso la pata en la ventana, y, al ver ellos que era blanca, creyeron que eran verdad sus palabras y se apresuraron a abrir. Pero fue el lobo quien entró. ¡Qué sobresalto, Dios mío! ¡Y qué prisas por esconderse todos! Uno se metió debajo de la mesa, otro en la cama, el tercero en el horno, el cuarto en la cocina, el quinto en el armario, el sexto debajo del fregadero, y el más pequeño, en la caja del reloj. Pero el lobo fue descubriéndolos uno tras otro y, sin gastar cumplidos, se los engulló a todos menos al más pequeñito que, oculto en la caja del reloj, pudo escapar al lobo. El lobo satisfecho se alejó a

Cuentos originales: El lobo y los siete cabritillos

trote ligero y, cuando llegó a un prado verde, se tumbó a dormir a la sombra de un árbol.

Al cabo de poco regresó a la casa la madre cabra. ¡Santo Dios, lo que vio! La puerta abierta de par en par, la mesa, las sillas, los bancos, todo volcado y revuelto, y las almohadas y mantas por el suelo. Buscó a sus hijitos pero no aparecieron por ninguna parte, los llamó a todos por sus nombres pero ninguno contestaba hasta que llegó al último, el cual, con voccecita queda dijo:

- Madre querida, estoy aquí, en la caja del reloj.

La madre le sacó y entonces el cabrito le explicó que había venido el lobo y se había comido a los demás. ¡Imaginad con qué desconsuelo lloraba la madre la pérdida de sus hijitos!

Cuando ya no le quedaron más lágrimas, salió al campo en compañía de su pequeño, y, al llegar al prado, vio al lobo dormido debajo del árbol, roncando tan fuertemente que hacía temblar las ramas. Al observarlo de cerca, le pareció que algo se movía y agitaba en su abultada barriga.

¡Válgame Dios! – pensó -. - ¿Si serán mis pobres hijitos que se los ha merendado y que están vivos aún?

Y envió al pequeño a casa, a toda prisa, en busca de tijeras, agua e hilo. Abrió la panza al monstruo, y apenas había empezado a cortar cuando uno de los cabritos asomó la cabeza. Al seguir cortando saltaron los seis afuera, uno tras otro, todos vivos y sin daño alguno, pues la bestia, en su glotonería se los había engullido enteros. ¡Allí era de ver su regocijo! ¡Con cuánto cariño abrazaron a su mamá! Pero la madre dijo:

- Traedme ahora piedras; llenaremos su panza con ellas, aprovechando que duerme.

Los siete cabritos corrieron en busca de piedras y las fueron metiendo en la barriga, hasta que ya no cupieron más. La madre cosió la piel con tanta presteza y suavidad, que la fiera no se dio cuenta de nada ni hizo el menor movimiento.

Terminada ya su siesta, el lobo se levantó,

y, como los guijarros que llenaban su panza le daban mucha sed, se acercó a un pozo para beber. Mientras andaba, moviéndose de un lado a otro, los guijarros de su panza chocaban entre sí con gran ruido, por lo que exclamó:

¿Qué será ese ruido

que suena en mi barriga?

Creí que eran seis cabritos,

mas ahora me parecen piedrecitas.

Al llegar al pozo e inclinarse para beber, el peso de las piedras lo arrastró y lo hizo caer al fondo, donde se ahogó miserablemente. Cuando lo vieron los cabritos, acudieron corriendo y gritaron contentos:

- ¡Se ha muerto el lobo! ¡Se ha muerto el lobo! Y, con su madre, se pusieron a bailar entorno al pozo.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.



Illustrations by Hermann Vogel (1854-1921)

Source: <http://www.archive.org/stream/kinderundgesamme00grim#page/n5/mode/2up>

Hänsel y Gretel (La casita de chocolate)

Junto a un bosque muy grande vivía un leñador con su mujer y dos hijos; el niño se llamaba Hänsel, y la niña, Gretel. Eran muy pobres y el padre estaba muy preocupado pues no tenía nada para dar de comer a sus hijos. Un día su mujer le dijo:

- Se me ocurre una cosa -. Mañana, de madrugada, nos llevaremos a los niños al bosque. Les encenderemos un fuego, les daremos un poquito de pan y luego los dejaremos solos para ir a nuestro trabajo. Como no sabrán encontrar el camino de vuelta, nos libramos de ellos.

Al padre le pareció malísima idea, pero la madrastra lo convenció.

Los dos hermanitos oyeron lo que su madrastra aconsejaba a su padre. Gretel comenzó a llorar.

- No llores, Gretel -la consoló el niño-, yo me las arreglaré para salir del paso.

Y cuando los viejos estuvieron dormidos, se levantó y salió a la calle por la puerta trasera. Hänsel fue recogiendo pequeñas piedras hasta que no le cupieron más en los bolsillos.

Temprano por la mañana la mujer fue a llamar a los niños:

- ¡Vamos, holgazanes, levantaos! Tenemos que ir al bosque a por leña-. Y dando a cada uno un pedacito de pan, les dijo:- Ahí tenéis esto para mediodía, pero no os lo comáis antes, pues no os daré más.

Durante el camino Hänsel fue echando blancas piedrecitas, que sacaba del bolsillo.

Cuando estuvieron en medio del bosque, dijo el padre:

- Recoged ahora leña, pequeños, os encenderé un fuego para que no tengáis frío.

Hänsel y Gretel reunieron un buen montón de leña. Prepararon una hoguera, y cuando ya ardió, dijo la mujer:

- Poneos ahora al lado del fuego, chiquillos, y descansad, mientras nosotros nos vamos por el bosque a cortar leña. Cuando hayamos terminado, vendremos a recogeros.

Los dos hermanitos se sentaron junto al fuego, y al

mediodía, cada uno se comió su pedacito de pan. Al cabo de mucho rato de estar allí sentados se quedaron profundamente dormidos.

Despertaron cuando ya era de noche. Gretel se echó a llorar pero Hänsel la consoló:

- Espera un poquitín a que brille la luna, que ya encontraremos el camino.

Y cuando la luna estuvo alta en el cielo, el niño, tomando la mano a su hermanita, se guió por las piedras, que le indicaron la ruta. Anduvieron toda la noche, y llegaron a la casa por la mañana. Llamaron a la puerta y les abrió la madrastra, que, al verlos, dijo:

-¿Qué es eso de quedarse tantas horas en el bosque? ¡Creíamos que no queríais volver!

El padre, en cambio, se alegró de que hubieran vuelto, pues estaba muy triste por haberlos abandonado.

Algún tiempo después los niños volvieron a escuchar una noche cómo la madrastra decía a su marido:

- Otra vez se ha terminado toda la comida. Tenemos que deshacernos de los niños. Los llevaremos más adentro del bosque para que no puedan encontrar el camino.

Al padre le dolía mucho abandonar a los niños, pero la mujer lo convenció. Los niños volvieron a oírlo, y así, cuando los viejos se hubieron dormido, se levantó Hänsel a coger guijarros, pero no pudo hacerlo, pues la mujer había cerrado la puerta.

A la madrugada siguiente la mujer los despertó y les dio su pedacito de pan. Camino del bosque, Hänsel iba desmigajando el pan en el bolsillo y, deteniéndose de trecho en trecho, dejaba caer miguitas en el suelo llenando así de migas todo el camino. La madrastra llevó a los niños aún más adentro del bosque, encendieron una gran hoguera, y la mujer les dijo:

- Quedaos aquí, pequeños, y si os cansáis, echad una siestecita. Nosotros vamos por leña; al atardecer, cuando hayamos terminado, volveremos a recogeros.

Al mediodía, Gretel partió su pan con Hänsel,

Cuentos originales: Hänsel y Gretel

ya que él había esparcido el suyo por el camino. Luego se quedaron dormidos, y se despertaron cuando era ya de noche oscura.

Cuando salió la luna, se dispusieron a regresar; pero no encontraron ni una sola miga; se las habían comido los mil pajarillos que volaban por el bosque. Dijo Hänsel a Gretel:

- Ya daremos con el camino -pero no lo encontramos.

Anduvieron varios días y varias noches hasta que un día vieron un hermoso pajarillo blanco que posado en la rama de un árbol cantaba dulcemente. Cuando hubo terminado emprendió el vuelo, y los niños lo siguieron, hasta llegar a una casita, en cuyo tejado se posó. Al acercarse vieron que la casita estaba hecha de pan y cubierta de bizcocho, y las ventanas eran de puro azúcar.

Los niños comenzaron a comerse la casita y entonces oyeron una voz suave que procedía del interior:

«¿Será acaso la ratita
la que roe mi casita?»



Pero los niños respondieron:

«Es el viento, es el viento
que sopla violento».

Y siguieron comiendo sin preocuparse. Se abrió entonces la puerta bruscamente, y salió una mujer viejísima, que se apoyaba en un bastón. Los niños se asustaron de tal modo, que soltaron lo que tenían en las manos; pero la vieja, meneando la cabeza, les dijo:

- Hola, pequeñines, entrad y quedaos conmigo, no os haré ningún daño.

Y, tomándolos de la mano, los introdujo en la casita, donde había servida una apetitosa comida: leche con bollos azucarados, manzanas y nueces. Después los llevó a dos camitas con ropas blancas, y Hänsel y Gretel se acostaron en ellas, creyéndose en el cielo.

La vieja aparentaba ser muy buena y amable, pero, en realidad, era una bruja malvada que acechaba a los niños para cazarlos y comérselos. Las brujas tienen los ojos rojizos y son muy cortas de vista; pero, en cambio, su olfato es muy fino, como el de los animales.

A la mañana siguiente, llevó a Hänsel a un pequeño establo y lo encerró detrás de una reja. Gritó y protestó el niño con todas sus fuerzas, pero todo fue inútil.

Se dirigió entonces a Gretel y le dijo - ve a buscar agua y cocina algo bueno para tu hermano; lo tengo en el establo y quiero que engorde. Cuando esté bien cebado, me lo comeré.

Gretel se echó a llorar amargamente, pero tuvo que cumplir los mandatos de la bruja. Desde entonces a Hänsel le sirvieron comidas exquisitas, mientras Gretel no recibía sino cáscaras de cangrejo. Todas las mañanas bajaba la vieja al establo y decía:

- Hänsel, saca el dedo, que quiero saber si estás gordo. Pero Hänsel, en vez del dedo, sacaba un huesecito, y la vieja, que tenía la vista muy mala, pensaba que era realmente el dedo del niño, y se extrañaba de que no engordara.

Tras cuatro semanas, pensando que Hänsel

Cuentos originales: Hänsel y Gretel

continuaba tan flaco, perdió la paciencia y mandó a la niña a buscar agua, -esté gordo o flaco tu hermano, mañana me lo comeré- exclamó la bruja.

- Primero coceremos pan -dijo la bruja-. Ya he calentado el horno y preparado la masa -. Y de un empujón llevó a la pobre niña hasta el horno, de donde salían grandes llamas.

Entra a ver si está bastante caliente para meter el pan -mandó la vieja. Su intención era cerrar la puerta del horno cuando la niña estuviese en su interior, asarla y comérsela también. Pero Gretel le adivinó el pensamiento y dijo:

- No sé cómo hay que hacerlo.

- Bastante grande es la abertura; yo misma podría pasar por ella – replicó la bruja - y, para demostrárselo, se adelantó y metió la cabeza en la boca del horno. Entonces Gretel la empujó y la metió dentro cerrando la puerta de hierro. La niña echó a correr, y la malvada hechicera murió quemada miserablemente.

Gretel fue a buscar a Hänsel y como ya no tenían nada que temer, recorrieron la casa de la bruja, donde encontraron cajas llenas de perlas y piedras preciosas.

- Vámonos ahora -dijo el niño-; debemos salir de este bosque embrujado - A unas dos horas de andar llegaron a un gran río.

- No podremos pasarlo -observó Hänsel-, no veo ni puente ni pasarela.

- Ni hay barquita alguna -añadió Gretel-; pero allí nada un pato blanco, y si se lo pido nos ayudará a pasar el río -. Y gritó:

«Patito, buen patito,
somos Hänsel y Gretel.

No hay ningún puente por donde pasar;
¿sobre tu blanca espalda nos quieres llevar?».

Así lo hizo el buen pato, y cuando ya estuvieron en la orilla opuesta y hubieron caminado otro trecho, el bosque les fue siendo cada vez más familiar, hasta que, al fin, descubrieron a lo lejos la casa de su padre. Echaron entonces a correr, y se colgaron del cuello de su padre. El pobre

hombre no había tenido una sola hora de reposo desde el día en que abandonara a sus hijos en el bosque; y en cuanto a la madrastra, había muerto. Volcó Gretel su delantal, y todas las perlas y piedras preciosas saltaron por el suelo, mientras Hänsel vaciaba también a puñados sus bolsillos. Se acabaron las penas, y en adelante vivieron los tres felices. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.



Illustrations by Arthur Rackham (1867-1939)
Illustrations sourced from <http://www.surlalunefairytales.com/>

Los músicos de Bremen

Un hombre tenía un asno que durante muchos años había transportado incansablemente los sacos al molino; pero le empezaron a faltar las fuerzas, y cada día se iba haciendo más inútil para el trabajo. El amo pensó en deshacerse de él; pero el burro, dándose cuenta de que soplaban malos vientos, escapó y tomó el camino de la ciudad de Bremen, pensando que tal vez allí podría encontrar trabajo como músico municipal. Después de andar un buen trecho, se encontró con un perro cazador que, echado en el camino, jadeaba, al parecer, cansado de una larga carrera.

- Pareces muy fatigado, amigo – le dijo el asno.

- ¡Ay! – exclamó el perro -, como ya soy viejo y estoy más débil cada día que pasa y ya no sirvo para cazar, mi amo quiso matarme, y yo he puesto tierra por medio. Pero, ¿cómo voy a ganarme el pan?

- ¿Sabes qué? – dijo el asno -, yo voy a Bremen a ver si puedo encontrar trabajo como músico de la ciudad. Vente conmigo y entra también en la banda. Yo tocaré el laúd, y tú puedes tocar los timbales -. Al perro le pareció bien la proposición, por lo que prosiguieron juntos la ruta. No había transcurrido mucho rato cuando encontraron un gato con cara de tres días sin pan:

- Y, pues, ¿qué contratiempo has sufrido, bigotazos? – le preguntó el asno.

- No está uno para poner cara de Pascua cuando le va la piel – respondió el gato -. Porque me hago viejo, se me embotan los dientes y me siento más a gusto al lado del fuego que corriendo tras los ratones, mi ama ha tratado de ahogarme. Cierto que he logrado escapar, pero mi situación es difícil: ¿a dónde iré ahora?

- Vente a Bremen con nosotros. Eres un especialista en música nocturna y podrás entrar también en la banda.

El gato estimó bueno el consejo y se unió a los otros dos.

Más tarde llegaron los tres fugitivos a un cortijo donde, en lo alto del portal, un gallo gritaba a pleno pulmón.

- Tu voz se nos mete en los sesos – dijo el asno -. ¿Qué te pasa?

- He estado profetizando buen tiempo – respondió el gallo -, porque es el día en que la Virgen María ha lavado la camisita del Niño Jesús y quiere ponerla a secar. Pero como resulta que mañana es domingo y vienen invitados, mi ama, que no tiene compasión, ha mandado a la cocinera que me eche al puchero; y así, esta noche va a cortarme el cuello. Por eso grito ahora con toda la fuerza de mis pulmones, mientras me quedan aún algunas horas.

- ¡Bah, cresta roja! – dijo el asno -, mejor harás viniéndote con nosotros. Mira, nos vamos a Bremen; algo mejor que la muerte en cualquier parte lo encontrarás. Tienes buena voz, y si todos juntos creamos una banda, ya saldremos del apuro.

Al gallo le pareció interesante la oferta, y los cuatro emprendieron el camino de Bremen.

Pero no pudieron llegar a la ciudad aquel mismo día, y al anochecer decidieron pasar la noche en un bosque que encontraron. El asno y el perro se tendieron bajo un alto árbol; el gato y el gallo se subieron a las ramas, aunque el gallo se subió de un vuelo hasta la cima, creyéndose ahí más seguro. Antes de dormirse echó una mirada a los cuatro vientos, y en la lejanía divisó una chispa de luz, por lo que gritó a sus compañeros que no muy lejos debía de haber una casa. Dijo entonces el asno:

- Mejor será que levantemos el campamento y vayamos a verlo, pues aquí estamos muy mal alojados.

Pensó el perro que unos huesos y un poquitín de carne no vendrían mal, y, así se pusieron todos en camino en dirección de la luz; ésta iba aumentando en la claridad a medida que se acercaban, hasta que llegaron a una guarida de ladrones, profusamente iluminada. El asno, que era el mayor, se acercó a la ventana, para echar un vistazo al interior.

- ¿Qué ves, rucio? – preguntó el gallo.

- ¿Qué veo? – replicó el asno -. Pues una mesa puesta con comida y bebida, y unos bandidos que se están dando el gran atracón.

Cuentos originales: Los músicos de Bremen

- ¡Qué bien nos vendría a nosotros! – dijo el gallo.

- ¡Y tú que lo digas! – añadió el asno -. ¡Quién pudiera estar allí!

Los animales deliberaron entonces a cerca de la manera de expulsar a los bandoleros, y, al fin, dieron con una solución. El asno se colocó con las patas delanteras sobre la ventana; el perro montó sobre la espalda del asno, el gato trepó sobre el perro, y, finalmente, el gallo se subió de un vuelo sobre la cabeza del gato. Colocados ya, a una señal convenida comenzaron a la una en su peculiar música: el asno, rebuznando; el perro, ladrando; el gato, maullando, y cantando el gallo. Y acto seguido se precipitaron por la ventana en el interior de la sala, con gran estrépito de cristales. Los bandidos se levantaron de un salto ante aquel estruendo, pensando que tal vez se trataría de algún fantasma, y, presa de espanto, salieron corriendo en dirección al bosque. Los cuatro socios se sentaron a la mesa y, con las sobras de sus antecesores, comieron como si los esperasen cuatro semanas de ayuno.

Cuando los cuatro músicos terminaron el banquete, apagaron la luz y se buscaron cada uno un lugar apropiado para descansar. El asno se echó sobre el estiércol; el perro, detrás de la puerta; el gato, sobre las cenizas calientes del hogar, y el gallo se posó en una viga; y como todos estaban rendidos de su larga caminata, no tardaron en dormirse.

A media noche, observando desde lejos los ladrones que no había luz en la casa y que todos parecía tranquilo, dijo el capitán:

- No debíamos habernos asustado tan fácilmente – y envió a uno de los de la cuadrilla a explorar el terreno.

El mensajero lo encontró todo quieto y silencioso, y entró en la cocina para encender la luz. Tomando los brillantes ojos del gato por brasas encendidas, acercó a ellos un fósforo, para que prendiese. Pero el gato no estaba para bromas y, saltándole al rostro se puso a soplarle y arañarle. Asustado el hombre, echó a correr hacia la puerta trasera; pero el perro, que dormía allí, se levantó de un brinco y le hincó los dientes en la pierna; y cuando el bandolero, en su huida, atravesó la era

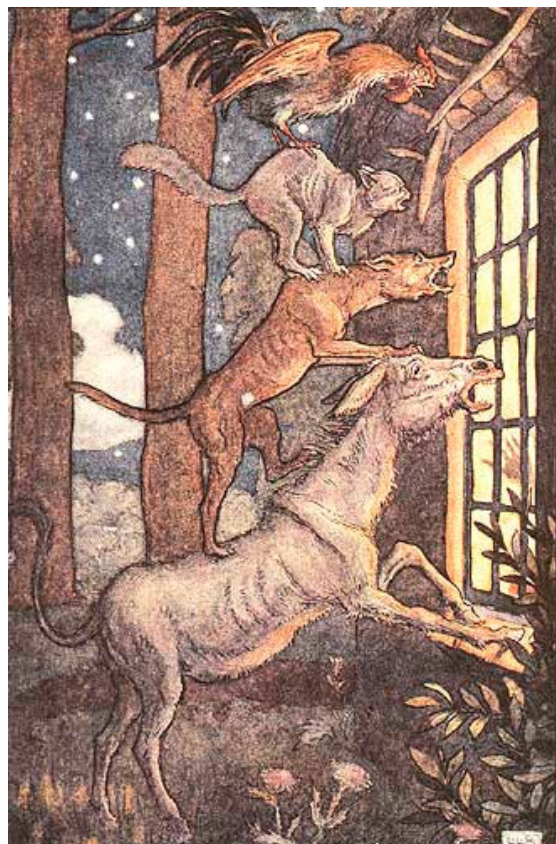
por encima del estercolero, el asno le dio una recia coz, mientras el gallo, despertado por todo aquel alboroto y, ya muy animado, gritaba desde su viga: - ¡Kikirikí! -.

El ladrón, corriendo como alma que lleva el diablo, llegó hasta donde estaba el capitán y le dijo:

- ¡Uf!, en la casa hay una horrible bruja que me ha soplado y arañado la cara con sus largas uñas. Y en la puerta hay un hombre armado con un cuchillo y me lo ha clavado en la pierna. En la era, un monstruo negro me ha aporreado con un enorme mazo, y en la cima del tejado, el juez venga a gritar: - ¡Traedme al bribón aquí! -. Menos mal que pude escapar.

Los bandoleros ya no se atrevieron a volver a la casa, y los músicos de Bremen se encontraron en ella tan a gusto, que ya no la abandonaron. Y quien no quiera creerlo que vaya a verlo.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.



Illustrations by Leonard Leslie Brooke (1862-1940)
illustration sourced from <http://www.surlalunefairytales.com/>